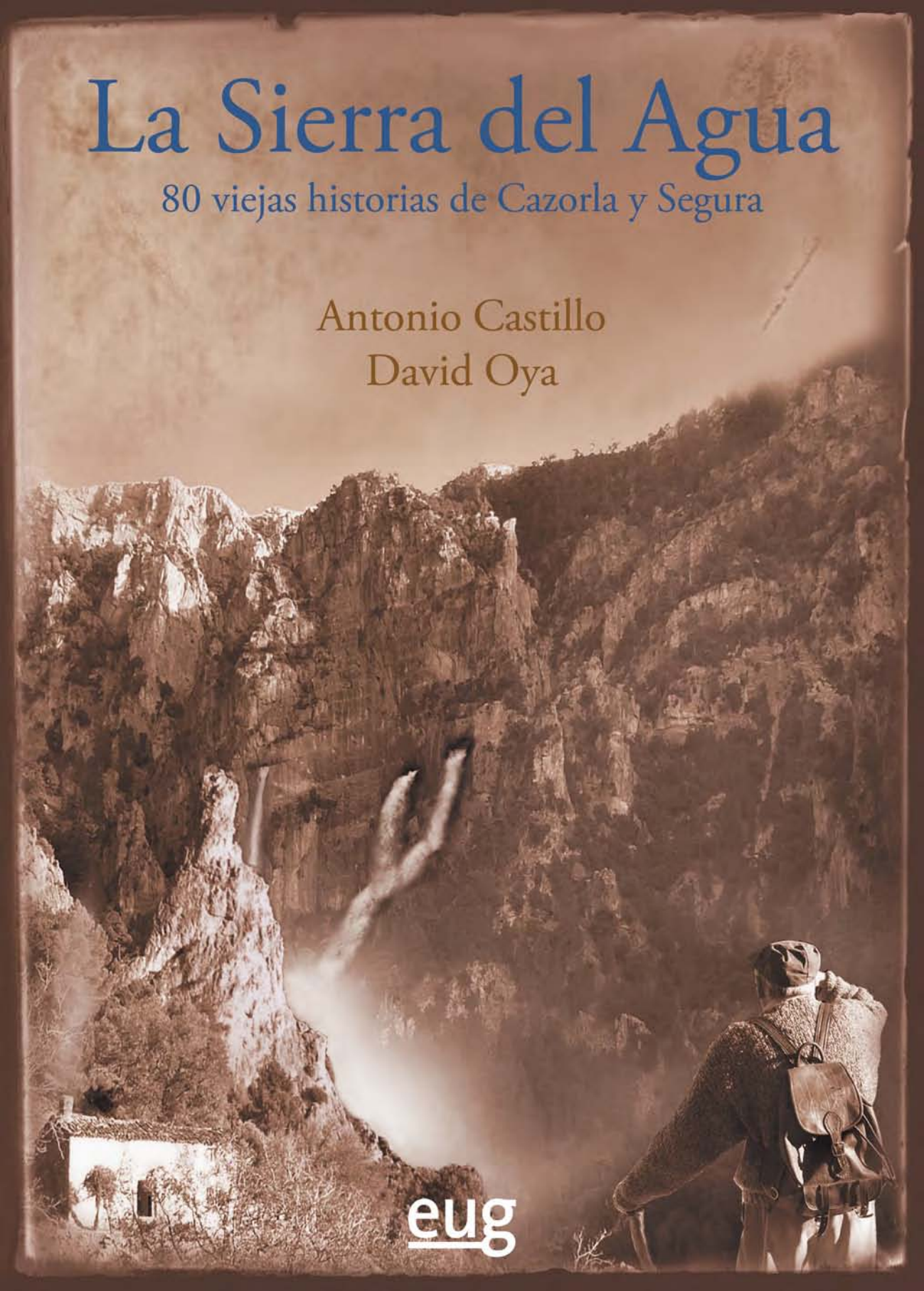


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Manuela La Golondrina, la primera Ventera del Guadalquivir, y sus aguas del Zarzalar"  
En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.  
Editorial Universidad de Granada. 186-190



## 43. Manuela «la Golondrina», la primera Ventera del Guadalquivir, y sus aguas del Zarzalar

Por Antonio Castillo (con textos de José Gómez)



Manuela Adam, «la Golondrina», fotografiada a la puerta de su venta hacia 1980 (foto familia González-Ripoll)

MANUELA «LA GOLONDRINA» fue un ejemplo de mujer coraje, como tantas otras que vivieron en cortijos desparramados por navas, montes y riscas. En 1942 levantó la famosa venta de la Golondrina, junto al río Guadalquivir, que gobernó de forma ininterrumpida durante 56 años. En 1995 le fue concedida la medalla de oro de la Asociación de Hostelería y Turismo de Jaén como primera ventera del Guadalquivir, pionera del turismo rural y la gastronomía serrana.

Su vida es conocida y ha sido reseñada en algunas ocasiones. Uno de los documentos más extensos que se conservan fue la entrevista que le realizó en agosto de 1996 el jesuita José Gómez, de la que he traído aquí algunos fragmentos (entrecomillados), como homenaje y recuerdo a su vida.

Manuela Adam nació en 1919 en el cortijo del Zarzalar. Sus padres fueron Francisco y Josefa. Tuvieron cinco hijos, aunque el único varón quedó paralítico con un añico de edad. Manuela fue la mayor y la única que se quedó en la Sierra.

El cortijo tenía unas ocho casas, donde vivían otras tantas familias, junto a un buen pedazo de tierra, que criaba mucho, y varios nacimientos de agua, que daban lugar a un caudaloso y alegre *royo*.

«—El novio era del cortijo. Desde pequeños nos tomamos cariño. Siempre estábamos viéndonos. Estaban las casas cerca...y cómo nos estábamos viendo a todas horas, pues yo que sé, nos tomamos cariño...Mi Pedro y yo nos queríamos mucho...Él sabía lo que yo era y yo lo que era él».

Se casaron en 1942 en la aldea de Bujaraiza. Después quedaría inundada por las aguas del pantano del Tranco.

«—Al casarme, mi padre me dijo, mira, bájate al río, y pon una casilla y un ventorrillo en ella. Todos los arrieros pasan por allí. Es un sitio que dicen van a echar una carretera y eso será bueno».

Aquel año levantó la venta, en lo que más tarde sería el famoso kilómetro 22 de la carretera del Tranco a Cazorla, donde con el tiempo tendría de vecinos al guarda mayor Justo Cuadros y al escritor Juan Luis González-Ripoll. La casa y la venta la construyeron entre su marido, un peón albañil y ella misma. La historia de su apodo y del nombre de la venta es simpática.

«—Un día (cuando estaban de obras en la venta) aparecieron dos marchantes de Torreperogil...les oía de vez en cuando decir uno al otro, “¿tú te das cuenta como se mueve esa mujer?”...Yo iba a lo mío, que era arrimar piedras y de paso darle vueltas a las migas...Cuando ya se iban me dijeron, “Manuela ¿cómo se va a llamar tu venta?” Digo, pues yo que sé como le vamos a poner...Seguí con mi tarea de arrimar piedras y cuando ya iban subiendo por la cuesta en busca del cortijo de Miguel Barba, de nuevo les oí que decían...”esta mujer es más valiente y más trabajadora que una golondrina, ¿por qué no le ponemos la venta de la Golondrina”...

»Pues como lo fueron contando...todos empezaron a decirme la Golondrina...Aquello fue el disgusto más grande de mi vida (hubiera preferido el nombre de Venta del Río; desde pequeña sus padres le decían que aquello era el Río)...

»Hoy, ya tantos años después, me da alegría. Todo el mundo me sigue diciendo que es muy bonito ese nombre. Ahora hasta les tengo cariño a esos pajarillos negros, porque aquí, en el tejado de mi venta, han hecho el nido muchas veces».

En poco tiempo dio a luz a sus cuatro hijos y quedó viuda. Su Pedro se murió en Jaén, donde quisieron darle sepultura.

«—Difícil será en el mundo, pero a mi marido me lo llevo a mi casa, a mi terreno, a mi sierra para que eternamente viva conmigo junto a las aguas del Guadalquivir».

Con ese coraje y valentía se entiende que pudiera tirar ella sola de la venta y los niños en un ambiente tan rudo, como fue la Sierra de aquellos lejanos años.

Me imagino que fue una mujer formidable. Varias veces pasé por la venta, pero entonces lamentablemente no reparé en ella. Hoy, 31 de enero de 2012, he parado a hablar con Josefa, su hija mayor. Me he presentado mostrándole la foto de su madre que, hacia 1980, le hizo su vecino Juan Luis González-Ripoll, el escritor. No lo puede remediar, agarra la foto y le suelta un beso.

—¡Ay mi madre, que guapa era! Si no hubiera sido por ella...(se emociona). ¡Qué pena, que se me fue en el año 2006! Era alegre, abierta y muy valiente. Y con un corazón muy grande para sus hijos. Servía a todo el mundo y todos la querían. Sus comidas caseras eran famosas, el arroz caldoso a la lumbre, las gachasmigas, los andrajos, el puchero de garbanzos o las papas fritas con huevos. Si yo le contara la cantidad de gente importante que se ha sentado en estas mesas...Los diez últimos años enfermó de la memoria. Era como un muñeco, pero yo estaba feliz con ella.

Josefa, «la nueva Golondrina», no sabe decirme, como es natural, de las aguas de infancia de su madre. Pero sobre eso conocemos algo de lo que le contó en 1996 a José Gómez. Con él habló con pasión de su querido paraíso del cortijo del Zarzalar.

«—El *royo* del Zarzalar o de los Membrillos fue mi *royo* de siempre, donde me lavaron el culo cuando nací...Allí crecí junto a la fuente del Zarzalar, en la Lancha de Roblaillo, y la cueva de las Pilas, donde nos bañábamos de niños, que el agua estaba como el granizo...Aquello era un paraíso...Tan blancas las ovejas por el lugar pastando y el agua del arroyo corriendo por entre ellas. Tan callada la luz del sol bañando aquellas peñas...Como este valle mío, en aquellos amaneceres, no creo que haya otro en todas estas sierras...

»Mi padre era un buen labrador...Teníamos muchas nogueras, higueras, membrillos, ciruelos, granados, olivos, y mucho maíz, garbanzos, habichuelas, hortalizas, en fin, todo lo necesario...Y había dos molinos, el del Zarzalar y el de los Membrillos...Allí nunca se pasó hambre...

»En la puerta de la casa había un laurel como una noguera de grande...El laurel lo sembró mi madre...Toda mi vida de niña lo estuve cuidando y regando. Mi madre se murió y al laurel yo le tenía mucho cariño.

»Dentro de unos años, ninguno de nosotros estará aquí...A veces me digo que lo mismo que yo sigo viva en mi tierra, respirando cada día el perfume que sube del río (es el Guadalquivir niño, compañero de juegos, sueños, luchas y amor silencioso de la niña que se ha hecho vieja a su vera), también deberían estar ellos...

»Seré yo una tonta, pero algunos días, cuando la tarde cae, se me descuaja el corazón y me entran ganas de llorar».

Con esas palabras se despidió de José Gómez el 10 de agosto de 1996. Manuela enfermó de Alzheimer a finales de los 90 y murió en el 2006. Desde entonces, descansa junto a su marido Pedro en Coto Ríos, eternamente unidos junto a las aguas del Guadalquivir, como siempre fue su deseo.

Extracto reproducido de José Gómez, *Por entre las aguas del Guadalquivir*, 1996

*Esa zagala forma parte,  
como las rocas, las nubes, los árboles, las aguas,  
de la naturaleza y no de la historia*

MIGUEL DE UNAMUNO

